

Morirse de risa

Porque la pena de muerte da pena

José Baró



ISBN: 9798194399260

Publicado de forma independiente.

Lérida (en mi casa)

www.baroparellada.com

Morirse de risa

José Baró

Porque la pena de
muerte da pena

No hace tanto tiempo, el teléfono estaba en casa. Ahora la casa está dentro del teléfono. Lo llevamos al trabajo, a la cama, al váter, de vacaciones y, si nos dejan, hasta al funeral. Sabe dónde estamos, con quién hablamos, qué compramos, qué miramos y probablemente algunas cosas que nosotros ya hemos olvidado. Decimos que es nuestro móvil porque lo compramos y pagamos la factura. Él, de momento, no ha discutido esa versión.

Este libro parte de una pregunta bastante sencilla: ¿qué habría pasado si el móvil hubiera existido siempre? Quizá Moisés habría recibido los mandamientos por WhatsApp, Romeo no habría necesitado balcón, Galileo habría tenido que demostrar que la Tierra gira mientras alguien miraba una notificación y el hombre de las cavernas habría descubierto antes el cargador que el fuego. Las páginas que siguen no hablan realmente de teléfonos. Hablan de nosotros.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. ¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes. No lo mandaron a la hoguera porque el móvil sabía demasiado.







